

DECONSTRUIR EL MAL MENOR, DISCUTIR EL ESTIGMA.

Reflexiones sobre jóvenes, medios de comunicación y activismo cultural.

Dr. Christian Dodaro UBA/UNDAV

dodarix@gmail.com

Lic. Verónica Díaz Ordoñez UBA

vdiazordonez@gmail.com

Recibido: 16 de marzo de 2020

Aceptado: 01 de junio de 2020

Identificador permanente (ARK): <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/4r3xh5kar>

|1|

Resumen

Como en otros tantos momentos en los que los intereses de un modelo restrictivo en lo económico se ven amenazados, a inicios del 2018 cobró visibilidad la agenda del pequeño delito. Y en particular de la peligrosidad de los jóvenes de barrios populares. Eso llegó a su paroxismo con la celebración por parte del ex presidente de la Nación de un asesinato por la espalda (Caso Chocobar).

Como en muchas otras ocasiones, diversas formas del arte y del activismo cultural se articulan con grupos de protesta y movimientos sociales para discutir los estigmas. ¿Pueden discutirse y negociarse estigmas a través de una intervención cultural? ¿Cómo es ello posible?

Este trabajo constituye una primera aproximación a estos interrogantes y se realizará desde el estudio de la realización de los festivales "Mi cara, mi ropa y mi barrio no son delito", desde la mirada de los jóvenes de sectores populares que participan y son protagonistas de los mismos.

La iniciativa responde a las preguntas: ¿Cómo protegernos del avasallamiento de la policía, de la imposibilidad de estar y disfrutar en el barrio con los pibes?

Palabras claves: Jóvenes. Medios de comunicación. Activismo cultural

Summary



When the interests of a restrictive economic are threatened, As in many other moments, at the beginning of 2018 the small crime agenda became issue. In particular the danger of young people from popular neighborhoods. The paroxysm was the celebration by the president of the nation of a murder for the back to the hands of a policeman (Chocobar Case).

Art and cultural activism, articulate with protest groups and social movements usurping to discuss stigmas.

But. Can stigmas be discussed and negotiated through a cultural intervention?

How is that possible?

This work constitutes a first approach to these questions and will be carried out from the study of the realization of the festivals "My face, my clothes and my neighborhood are not a crime", from the eyes of young people from popular sectors who participate and are protagonists of the same.

The festivals ask to themselves: How can we protect us from the overwhelming of the police and the impossibility of being and enjoying in the neighborhood with the kids?

Keywords: youth, stigmatization, mass media, cultural activism

|2|

Introducción. El mal menor...

“En América Latina cuando los jóvenes se hicieron visibles en el espacio público, y sus conductas, manifestaciones y expresiones entraron en conflicto con el orden establecido desbordando el modelo de juventud que la modernidad occidental, en su versión latinoamericana, les tenía reservado; fueron nombrados a fines de los '50 y durante los '60 como rebeldes, y como estudiantes revoltosos al finalizar esa misma década, pasando en los '70 a ser los subversivos, y en los '80 -cuando desaparecen de la escena política- serán adscriptos a la imagen del delincuente y luego del violento. Estos son los jóvenes visibilizados en la segunda mitad del siglo XX en América Latina” (Reguillo, 2000).

Veamos algunos hechos como si fueran viejas instantáneas fotográficas:

Durante el año 1995, la aparición en los medios de noticias referidas a delitos cometidos por niños y jóvenes se incrementó notablemente. En medios gráficos y audiovisuales se reiteró una y otra vez la discusión. Emergían, las ya por entonces, viejas polémicas sobre los umbrales de edad pertinentes para definir una responsabilidad penal.

En los albores del 2001 -con un creciente desempleo y un avance de la protesta social que llevó a Patricia Bullrich, por ese entonces Ministra de Trabajo, a la claudicación de sus posiciones intransigentes y la obligó a firmar un acuerdo con los piqueteros de la Matanza- los medios de comunicación redescubrían delincuencia juvenil y su peligrosidad. En la TV se reiteraban una y otra vez los mismos casos.

En 2004, tras el asesinato de Axel Blumberg, los medios fogueaban una “espontánea movilización ciudadana”, mientras antes habían omitido cualquier cobertura sobre los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán por parte de la policía y sobre el de Martín “el Oso” Cisneros, ignorando o estigmatizando furibundamente cada movilización popular.

El eco que el padre de Axel Blumberg encontró en los medios permitió al falso ingeniero reclamar penas más duras: las polémicas surgidas en ese momento volvieron a señalar a los jóvenes de sectores populares como los potenciales perpetradores de delitos y fuente de la “inseguridad”. Categoría ésta que llegaba para acompañar la cotidianeidad informativa de los argentinos como el fantasmático atributo que, subrepticia o desvergonzadamente, los medios no dejan de asociar a los jóvenes de barriadas humildes, con indumentarias deportivas y precariedad laboral crónica.

En 2008, luego del conflicto del bloque conformado por las oligarquías agroextractivas y el capital financiero contra el Gobierno Nacional a causa de la rebeldía tributaria de los primeros, los medios de comunicación reactivaron la puesta en agenda de las cuestiones vinculadas a la inseguridad centrada en los jóvenes de sectores populares.

Durante el macrismo, ante un nuevo resurgir de la protesta social a causa de las demandas por empleo y lucha contra el ajuste presupuestario, la cobertura espectacularizada de hechos de inseguridad resurge. El asesinato de un niño de trece años en Chaco vuelve a poner foco en este desplazamiento sinecdótico entre protesta social y delincuencia juvenil que los medios realizan a través de secuenciación de proposiciones lógicas (entinemas) como si operaran desde un montaje dialéctico en lo fotográfico o filmico.

Por su parte el recientemente electo presidente Alberto Fernández intervino poniendo en juego su propio prestigio e imagen para desarmar el estigma que se construyó sobre un joven de un barrio humilde del conurbano que realizó tareas de fiscal partidario en las elecciones por su vestimenta y color de piel.

A pesar de las “imágenes” que ofrecían los medios de comunicación, la vinculación entre jóvenes y delito no tuvo ni tiene correlación con los hechos sociales. El monitoreo denominado “Visión de los jóvenes en la prensa gráfica argentina” determinó que “el 60 por ciento de las noticias que hablan sobre jóvenes los asocia a delitos”, aunque no como víctimas sino como causantes de “violencia”. En Argentina los crímenes cometidos por jóvenes menores de 18 años representan sólo el 3,2 por ciento de los homicidios.

Pero ante una inmensa disparidad entre “los pibes” y los grandes medios de comunicación nos interrogamos: ¿es posible discutir el estigma? ¿Qué rol juega el activismo cultural en ello?

Desde esta perspectiva fue que realizamos un análisis de las noticias publicadas en los medios gráficos, específicamente en los diarios *Clarín* y *La Nación* durante el 2016

relevando las publicaciones relacionadas con la juventud de sectores populares, poniendo foco en la construcción del estigma sobre la peligrosidad de los mismos.¹

También dimos cuenta de una serie de discursos a favor de la represión, de la criminalización de la juventud, de la estigmatización del trabajador estatal, y de los actores sociales y políticos que estuviesen asociados con el anterior gobierno (Díaz Ordoñez, Dodaro: 2019).

Luego nos focalizamos en el estudio de los festivales *Mi cara, Mi ropa y Mi barrio no son delito*, que surgen problematizando los siguientes interrogantes: *¿Cómo protegernos del avasallamiento de la policía, de la imposibilidad de estar y disfrutar en el barrio con los pibes?*

Los festivales son un vehículo de expresión para una realidad que en los barrios humildes parece ser moneda común: la violencia institucional. Realizamos también una comparación con intervenciones de fechas anteriores tales como las de Culebrón Timbal.

Tanto los objetivos y motivos de los festivales como las temáticas principales son básicamente aquellas ligadas a lo que sucede en los barrios y lo que les sucede a sus habitantes cuando salen de aquellos.

Injusticias, maltratos, falta de oportunidades, desempleo, violencia institucional, represión policial, muertes arbitrarias, son constantes. Martín cuenta:

Vamos a lo crudo, lo que pasa en la ranchada, lo que pasa en el barrio vamos por ahí, pibes que se van al cielo porque les disparó la gorra, todo eso.

Los festivales tomaron su nombre a partir de la Campaña Nacional contra la Violencia Institucional del 2012: *Mi cara, mi ropa y mi barrio no son delito*. Fueron un espacio de contención y de información. Buscaron, a partir de la música, compartir la voz y crear un espacio de expresión. El conjunto de las características que rodearon a estos festivales los hizo un caso interesante para investigar la problemática elegida.²

¹ El relevamiento de noticias lo realizamos utilizando el archivo y su correspondiente buscador de las páginas web de los diarios (<https://www.clarin.com/> y <https://www.lanacion.com.ar/> respectivamente) con las siguientes palabras claves: joven, juventud, menor de edad, menores; filtrando el lapso de tiempo entre el 1 de enero de 2016 al 31 de diciembre de 2016. (Bilski, Díaz Ordoñez: 2019)

² Sobre la campaña: fue una iniciativa conjunta del Ministerio de Seguridad Nacional, CELS, el defensor del Pueblo de la provincia de Buenos Aires y Movimiento Evita, la misma se lanzó el 12 de junio del 2012 en el Congreso Nacional y pone foco en visibilizar los roles de las fuerzas de seguridad que en numerosas ocasiones apuntan a represiones y detenciones arbitrarias, así como prácticas de gatillo fácil. Se debe insistir en que todos los sectores de la sociedad tienen el privilegio de defender sus derechos y no de unos sobre otros.

Una salvedad al respecto: La campaña nacional contra la violencia institucional fue promovida por el Estado Nacional. Esto significa que podemos encontrar una contradicción entre estos dos actores si tenemos en cuenta que las fuerzas de seguridad son reguladas por el Estado. Pero bien sabemos que en el Estado entre cada poder tiene contradicciones y las mismas se multiplican si ampliamos la mirada buscando unidad entre sus diferentes niveles. Incluso entre ministerios, secretarías de otros ministerios, y en combinaciones entre poderes (legislativo, ejecutivo, judicial), niveles (nacional, provincial, municipal) y tipo de instituciones

Dado que nos propusimos estudiar si pueden discutirse y negociarse estigmas a través de una intervención cultural y cómo es ello posible, llevamos adelante la investigación a partir de tres ejes:

- Qué se dice y hace sobre ellos
- Qué dicen ellos sobre el estereotipo del joven de sector popular difundido por el sector dominante
- Qué dicen ellos sobre ellos

El recorrido planteado buscó responder primero cómo es la representación que producen los medios sobre los jóvenes de sectores populares a partir de un análisis de medios gráficos, describiendo así parte de nuestra unidad de análisis; luego, avanzar sobre qué dicen los jóvenes de sectores populares, en este caso, participantes y organizadores de los festivales acerca de las representaciones que se producen sobre los medios. En esta segunda parte de la investigación buscamos responder a esta pregunta a partir de entrevistas en profundidad y observación de las intervenciones y por último, indagamos sobre la experiencia de los festivales como una forma de activismo cultural en donde se logra la producción de un relato propio.

|5|

Antecedentes no tan lejanos

A fines de 2008 se realizó en el Bajo Flores la Caravana Cultural de los Barrios, un festival de murga, folcklore, hip hop, en el que participaron los jóvenes y vecinos del barrio. Por ese entonces, debido a una serie de robos, los diarios *Clarín* y *La Nación* denominaron a esa zona como la más peligrosa de Buenos Aires, como tierra de narcos, como territorio tomado, entre otras caracterizaciones.

Así fue que, en el playón de CooPa (un espacio de talleres de formación en oficio), se dispuso un escenario y sobre los costados del mismo distintos artesanos y productores del barrio ofrecían sus productos replicando el modelo del mercado y de la feria popular. Ese día hubo grupos de danza, músicos de hip hop del barrio y reguetoneros “...Salidos de los pasillos desde donde dicen sale la violencia, la inseguridad y todos los males” (Eduardo Balán, Culebrón Timbal, 2009, entrevista personal).

El cierre estuvo a cargo del Culebrón Timbal. Sobre el final del festival *Arroz-con-pollo*, un presentador y animador de grupos de cumbia que formaba parte del Culebrón dijo:

(ministerio, secretaria, fiscalía, etc). Sobre la toma de posición del Estado frente a una problemática social, Oszlak y O'Donnell en “Estado y políticas estatales en América Latina: hacia una estrategia de investigación” hacían mención sobre estas posibles contradicciones internas: “De aquí que la toma de posición no tiene por qué ser unívoca, homogénea ni permanente. De hecho, suele ser todo lo contrario, y las precisiones que estamos tratando de introducir aspiran a facilitar el manejo conceptual de las ambigüedades y variaciones involucradas” (Oszlak y O'Donnell, 1984: 15).

Nos dicen que somos delincuentes, que vendemos, que somos narcos. Pero somos mucho más que eso, somos gente que labura, que vive, que festeja (Dodaro, 2012).

De esta observación surgió la idea de que las acciones culturales pueden poner en juego una noción de territorio, ya sea en el conurbano o en otras geografías, que produce algunas modificaciones a lo observado por otros trabajos centrados en la tensión estética y política. Si ocupar el espacio público es generar un gesto herético, que otro, *negro, bolita, cabeza* lo ocupe, o más aún se lo apropie, tal como sucedió con las acciones de *El Culebrón Timbal*, tiene otras implicancias: se produce una herejía, se ocupa el espacio del otro, se irrumpe, se alza la voz. Y así el sentido de lo ciudadano se amplía (Dodaro, 2012).

¿Qué se dice y hace sobre ellos?

En principio, si pensamos los festivales como una contestación a unas representaciones que se elaboran sobre los jóvenes, es necesario realizar un análisis sobre cómo son esas representaciones producidas desde los medios de comunicación.

Para esto decidimos llevar adelante un estudio de los medios gráficos, específicamente en los diarios *Clarín* y *La Nación* durante el 2016 (mismo año en el que se hicieron los festivales) relevando las publicaciones relacionadas con la juventud de sectores populares, poniendo foco en la construcción del estigma sobre la peligrosidad de los mismos.

Una primera lectura de las notas nos permitió generarnos los siguientes interrogantes:

- ¿Cuáles son los discursos sobre los jóvenes de los sectores populares desde el sector dominante en CABA?
- ¿Cómo se compone el estigma sobre la peligrosidad de los jóvenes de sectores populares en los medios de comunicación, específicamente en los diarios *Clarín* y *La Nación* durante el 2016?
- ¿De qué forma se construye el estereotipo sobre ellos? ¿Y su estigma? ¿Cuáles son los atributos que componen los mismos?

Desde el trabajo de Bilski y Diaz Ordoñez (2019) pudimos dar cuenta de que los medios han reiterado la construcción de estereotipos sobre los jóvenes de sectores populares: gorras, equipos de gimnasia, violencia, abuso de droga y pequeña delincuencia. Esta reiteración se ha transformado en una marca en ellos, en un atributo profundamente desacreditador que funciona como disciplinador estructural ya que este tributo los deshumaniza, se abre el juego a la discriminación reduciendo en la práctica sus posibilidades de vida (Goffman, 1963).

Tomando en cuenta que el colectivo estigmatizado era *jóvenes*, consideramos importante problematizar la construcción de la figura *juventud*, pensar cómo estaba compuesta esta categoría -ya que según cómo fuera que la estimáramos serían las palabras claves que

utilizaríamos en los buscadores de los diarios-, impactando en el corpus considerado a estudiar.

Para el relevamiento se buscó dar cuenta de cómo se representaba a la juventud en general, para poder dimensionar los discursos estigmatizantes que se encontraban en las mismas, para esto tomamos en cuenta el señalamiento de Reguillo sobre la categoría de juventud, la cual no es neutra y da cuenta de la manera en que diversas sociedades perciben a ciertos actores sociales, además de ser productoras del mundo, remarca la configuración de miedo que socialmente se experimenta ante ciertos grupos y espacios sociales tiene estrecha vinculación con el discurso de los medios, el cual genera una marca sobre los sujetos de quienes hablan:

Mediante estas operaciones, ser joven equivale a ser ‘peligroso’, ‘drogadicto o marihuana’, ‘violento’; se recurre también a la descripción de ciertos rasgos raciales o de apariencia para construir las notas. Entonces, ser un joven de los barrios periféricos o de los sectores marginales se traduce en ser ‘violento’, ‘vago’, ‘ladrón’, ‘drogadicto’, ‘malviviente’ y ‘asesino’ en potencia o real” (Reguillo, 2000).

|7|

¿Qué dicen ellos sobre el estereotipo del joven de sector popular difundido por el sector dominante?

Una vez definido el estigma generado desde los medios de comunicación, fue necesario avanzar sobre cómo era la visión de los jóvenes al respecto.

Este es un paso intermedio necesario para poder reconstruir la forma en que, desde los festivales, se discute la representación del estereotipo, si es posible generar un contra estigma y un relato propio a través de una intervención cultural.

Para realizar este análisis avanzamos con entrevistas en profundidad y observación participante de los festivales, grabaciones de los mismos y videos producidos desde los organizadores del festival de los raperos que participan allí.

A partir de esas observaciones nos interrogamos sobre:

- ¿Cuál era la representación que tenían los jóvenes que participaban en los festivales, sobre los discursos de los medios de comunicación sobre ellos?
- ¿Cuáles eran los elementos a partir de los que no se reconocían, no se sentían parte ni se identificaban con los estereotipos contruidos desde los medios y las fuerzas de seguridad?
- ¿Cómo se contraponían los festivales con el estereotipo que circulaba sobre ellos desde los medios de comunicación?
- ¿Cuáles eran los elementos de los que querían diferenciarse y cuáles de los que se querían afirmar?

El individuo estigmatizado tiende a sostener las mismas creencias sobre la identidad que quienes no son estigmatizados: se ven a sí mismos, y a los grupos selectos de la categoría social a la que pertenecen, como merecedores de oportunidades justas para iniciar cualquier actividad y seguramente esa posibilidad de vida y de mundo sea uno de los sentimientos más profundos sobre su propia identidad.

A esto hay que sumarle la tendencia del estigma a difundirse desde el estigmatizado a sus relaciones más cercanas (...) Quién no carga el estigma, evita al estigmatizado por este peligro de la extensión del estigma que carga y, las relaciones que logran a existir entre una persona “normal” y un estigmatizado, no suelen perdurar (Goffman, 1963: 44).

Pero Grimson, por su parte, plantea que el estigma se asume, se negocia y se resignifica:

Utilizando la caja de herramientas identitaria, un miembro de una sociedad se identifica, es interpelado e interpela a los otros, se afilia y se desafilia, estigmatiza y es estigmatizado, contraestigmatiza (2011; 34).

Es posible que los jóvenes hayan podido, desde los festivales, discutir, desarmar y rearmar sus modos de percibirse a sí mismos, a los otros y a la sociedad. El Estado, en su carácter represor, es mencionado por todos los participantes de los festivales, así como también la discriminación y estigmatización que sufren por parte de la ciudadanía en general. La discriminación constante por portación de cara, de ropa, es mencionado por los jóvenes como el principal hecho que atraviesa su realidad y se cristaliza en una serie de injusticias que implican la ausencia de una oportunidad de ascenso social real, un anclaje a sus condiciones materiales por una “clase superior” que no desea que salgan, así como la represión por parte de las fuerzas de seguridad sea explícita o intimidatoria, en caso de que, tal como refiere Carlos, se atrevan a salir del lugar que deberían ocupar (o intentarlo).

|8|

Carlos decía contundente:

La gente no le quiere dar la oportunidad a los pibes, la gente de arriba no quieren que nosotros aprendamos, que los pibes sepan lo que está pasando, quieren que vivamos en la villa rodeados de cobanis y no salgamos a ver la realidad.

Uno de los integrantes del dúo Subterráneo planteaba una visión similar:

Las cosas que nosotros describimos son cosas que nosotros vivimos en la calle, yo soy de Perú y paso racismo, mucho racismo hay en la calle. El que tiene más plata es el que tiene que ‘mandar’, eso es lo que a nosotros no nos parece, que no es la manera. También en nuestras escrituras hablamos para los policías, vivimos muchas injusticias.

Además, Lucas, parte de la organización del evento, mencionaba las dificultades que tenían los chicos que deseaban rapear. Los bajaban del tren, les quitaban los parlantes, si se juntaban en la esquina eran increpados por portación de cara. Los festivales que se fueron generando a partir de organizaciones barriales crearon un lugar seguro, legítimo

en donde estos chicos, para los cuales el rap reza muy importante, podían expresarse en libertad.

Martín, uno de los raperos entrevistados, dijo lo siguiente cuando fue consultado acerca de cómo habían vivido la experiencia de participar en Diputados con el Festival:

hicimos un tema que decía que cada derecho en la calle se conquista para demostrar la presión y cada uno sacó para ese tema lo que vivió cada día en su barrio. Es una manera de expresión el rap, **así como la tv que muestra lo malo de las villas**. Nosotros quisimos mostrar lo bueno que hay en los barrios porque a veces hay talento y no lo muestran.

A través de todos estos testimonios inferimos que había una indiscutible necesidad de representarse a sí mismos desde un lugar diferente al que lo decían los medios y las fuerzas represivas del Estado. También existía una necesidad de visibilizar lo que, según los pibes, “*los de arriba*” omitían decir sobre los villeros.

Desde ese lugar se iba constituyendo, en un proceso de constante transformación, la identidad y la identificación, ligadas una a la otra, en cuanto al descubrimiento de que tal como nos contó Lucas “*los barrios son distintos, pero son iguales porque pasan las mismas cosas*”.

Desde el nombre del festival encontramos una contestación a ciertos símbolos de estigma como son la cara, la ropa, y el barrio. Estos símbolos del estigma, con los cuales no se reconocen y a los que contestan, desde diferentes posturas y estéticas descubren un peso muy grande sobre el individuo. Son símbolos impregnados en los cuerpos y que transmiten rutinariamente información social.

Como mencionamos más arriba, desde los participantes y organizadores del festival, mencionaban anécdotas en las cuales eran interpelados en la vía pública como sujetos peligrosos, interpelados por la fuerza pública y obligados a circular. Así mismo, se encontraban con diferentes situaciones en las cuales quienes los increpaban no eran solo partícipes del Estado, sea la policía o el Poder Judicial, sino también habitantes de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires que reproducían ese discurso. La construcción que hacían los medios del colectivo juventud de sectores populares era algo percibido por ellos y que intentaban contrarrestar en sus raps:

Hay una identidad claramente definida, alrededor de los raps y de las entrevistas que realizamos, desde la negación de atributos: no son “*gente bien*” pero sí son educados (al contrario de lo que se cree), no son “*malos*”, tienen talentos (al contrario de lo que se dice de ellos, según su visión), no son “*ladrones de nacimiento*”, no tienen oportunidades, son gente de familia, todas categorías en oposición a lo que ha sido establecido y fijado en la actual ideología dominante. Esta construcción desde la negativa puede encontrarse también en el nombre del Festival y este punto es básico porque el Festirap era el evento que cooptaba a estos raperos atomizados y los unía haciéndolos formar parte de un colectivo que los identifica.

¿Qué dicen ellos?

Este análisis fue fundamental a la hora de pensar si es posible no sólo construir un contraestigma sino también un relato propio. Buscábamos responder las siguientes preguntas:

- A partir de los festivales, a modo de respuesta al estigma anteriormente mencionado: ¿cómo construyeron su propio relato?
- ¿De qué manera construyeron su propia identidad los jóvenes de sectores populares en CABA?
- ¿Qué vehículos culturales impulsaron a los jóvenes de los sectores populares a expresarse a través del rap? ¿Cuál fue el origen de su interés por esa expresión cultural?
- ¿Cuáles fueron los valores y representaciones que encontraban en el rap, tanto en lo individual como en lo colectivo? ¿Por qué rap?
- ¿Cuáles eran las temáticas sobre las que rapeaban cuando hablaban sobre ellos?
- ¿Hubo ruido entre las temáticas que les gustaban y las esperadas?
- ¿Existieron distancias entre los realizadores/organizadores de los festivales y los propios artistas? ¿Qué se tuvo en cuenta o cómo se llevó a cabo la construcción del artista rapero a fin de interpelarlo?

|10|

Goffman nos sirvió para pensar cierta ambivalencia del individuo con respecto a su sentimiento de pertenencia a una categoría de estigmatizados, en donde pudo haber oscilaciones en el apoyo, identificación y participación con sus pares.

Para la mirada de Goffman esto implica que puede haber momentos en los cuales se acepte una actividad en lo grupal o se la rechace y ello no es necesariamente una constante. Las creencias del estigmatizado sobre la naturaleza de su grupo de pertenencia y la naturaleza de las normales sufrirán oscilaciones correspondientes. Una construcción de un relato propio pero uno que solo interpele en lo endogrupal sino que pueda de cara la sociedad generar una discusión sobre cómo se los representa, interpeando a las barreras que los categorizan como distintos.

Por su parte, tal como señalamos hace un tiempo (Dodaro, 2012) las acciones culturales pueden entenderse como formas de disputa. Como intentos de construir una memoria y un relato diferente a la que proponen los relatos de los medios de comunicación masivos y, desde modos de hacer, jugadas astutas y coyunturales, confrontar los procesos de estigmatización que desde ellos se elaboran.

A través del estudio de la obra de Culebrón Timbal dimos cuenta de cómo *El Cuenco de las Ciudades Mestizas* intenta discutir el relato de los medios, que sólo tematiza como violentos a los jóvenes de los barrios populares. En esta obra genera el fortalecimiento de la identidad de un grupo de pibes que interviene en la realización y al mismo tiempo genera visibilidad pública y discute los modos representación de estos pibes ante la sociedad.

Los festivales *Mi cara, mi ropa, mi barrio no son delito* conformaron un significante en donde se dejó asentado como premisa que había la necesidad de poner en evidencia, de justificar que todo eso que es mío - de ellos - no es delito, no es algo malo, es otra cosa.

Se contraponía también a una idea nacional, difundida desde los medios masivos de comunicación, sobre cuál es la cara de la seguridad y cuál es la cara de la inseguridad; desarrollándose así un regionalismo ubicado especialmente en la zona sur de CABA que reivindicaba su identidad y desmentía esa imagen construida de qué y quiénes eran inseguros, poniendo en primer plano las desigualdades sociales.

Este aspecto de la denominación del festirap movilizaba sentimientos individuales y los hacía colectivos. Generó vínculos a partir de una identidad negada, la de no ser inseguro o una amenaza, y dio espacio simbólico a lo que sí eran: jóvenes con derechos humanos, que también sufrían inseguridad, una inseguridad que incluía un Estado que los discriminaba y una sociedad que los estigmatizaba.

En las entrevistas, la necesidad de contar lo que pasaba en los barrios era central. La figura del barrio estaba presente en todos los discursos, tanto en las entrevistas como en los raps que hicieron en el festival. Carlitos, un rapero de la villa 21-24 contaba:

Cuando armamos 'Mi cara, mi ropa y mi barrio no son delito' empezamos con los muchachos a querer armar un grupo de raperos que diga lo que uno está pasando en el barrio, en forma de queja, para que la gente nos escuche más rápidamente que estar tirando folletos. Queríamos decir lo que nos gusta escribiendo, haciendo temas de lo que nos pasa en el barrio, lo que vivimos en el día a día cuando nos levantamos, porque nosotros somos los que entramos y salimos del barrio, y los barrios entre sí no son distintos, son los mismos problemas.

Conclusiones

El Festival *Mi Cara, mi ropa y mi barrio no son delito* intentó contribuir a la disputa sobre el sentido de la propia existencia con las formas institucionalizadas de representar y significar la experiencia que circulaban a través de los medios de la industria cultural como matriz de producción de relatos performadores de creencias y valores.

En esta instancia de circulación y de puesta en común de los bienes culturales se realizaban dos operaciones junto a los participantes:

- Se elaboraba, de forma negociada, un discurso desde el cual se proponían reflexionar sobre la propia práctica y transmitir valores y creencias válidas para el grupo,
- Se desnaturalizan los discursos que sobre el grupo circulaban en los medios.

Así es que las prioridades de observación desde el campo problemático de la comunicación social, en nuestro trabajo, se centraron en cómo las acciones estéticas situadas pueden enmarañarse con los hilvanes de la identidad, tejidos desde la industria cultural y desde allí permitirnos revisar la perspectiva sobre la relación entre la estética y

la política que realiza una apuesta por la capacidad de las obras de conmocionar, por sí mismas, las subjetividades de los espectadores.

Será cuestión de seguir investigando. Pero podemos afirmar que si bien los estigmas no se desarmen a nivel macro dado que Clarín y Nación seguirán produciendo discursos que criminalizan y criminalizarán a los jóvenes populares, campesinos o indígenas, legitimando las políticas estigmatizantes y vulneradoras de derechos que una Patricia Bullrich o el funcionario de turno, realicen y ello se dispersará en forma de discursos de odio hacia la sociedad.

Pero el activismo permite reelaborar las percepciones de los jóvenes sobre sí mismos, ampliar sus capacidades de negociación sobre eso que el poder dice que son.

La disputa de sentidos es un trabajo de tiempos largos que contribuye en el largo proceso de sedimentaciones, de acentuaciones y sobre acentuaciones, de disputas, tránsitos y negociaciones respecto del sentido. No se libra en un escenario de equidad sino en el marco de dispositivos institucionales y de la industria cultural que regulan y administran, sin ocluir ni dominar totalmente los modos de circulación simbólica.

Queda entonces pensar cómo esas disputas de sentido *por abajo*, propias del activismo cultural, pueden tramarse, replicarse, multiplicarse y articularse para construir otras formas de poder.

|12|

Bibliografía

Bilski, D. y Diaz Ordoñez, V. (2019). *No somos delito. Metodología en el análisis de la representación de los jóvenes en medios de comunicación*. XXI° Congreso de REDCOM. 16, 17 Y 18 De Octubre De 2019, Universidad Nacional de Salta, Argentina.

Diaz Ordoñez, V. y Dodaro, C. (2019). Son todos vagos. Estigmatizaciones en la producción de noticias sobre protestas sindicales. En *Trabajo y Derechos Humanos* Publicación del Observatorio de Trabajo y Derechos Humanos Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires Años 4-5. Números 6 y 7. Diciembre 2019-Febrero 2020

Dodaro, C. (2012). Un terreno de tensiones. Territorio, estética, política y comunicación popular. *AVATARES de la comunicación y la cultura*, 4. Recuperado a partir de <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/avatares/article/view/4764>

Goffman, E. (1963). *Estigma, la identidad deteriorada*. Madrid: Amorrortu.

Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XIX Editores.

Mingardi Minetti, M. (2006). Culturas juveniles en las prácticas de Hip Hop. *Question*, 1 (23). Recuperado a partir de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/831>

Martinuzzi, A. (2011). *Representaciones mediáticas de 'la juventud en situación de delito'. Lo policial como marco de inteligibilidad para las culturas juveniles contemporáneas*. Informe para el Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios. Facultad de Periodismo y Comunicación, UNLP, La Plata.

Cebrelli, A. y Rodríguez, M. G. (2013) ¿Puede (in)visibilizarse el subalterno? Algunas reflexiones sobre representaciones y medios. *Tram(p)as de la Comunicación y la cultura*, (76), 89-99.

Reguillo Cruz, R. (2000): *Culturas juveniles*. Buenos Aires: Siglo XIX Editores.